

con acento

¿Atacar a Iraq?

Juan García Pérez

Desde el 11-S de 2001 la política exterior de EEUU va como lanzadera rápida de un extremo a otro en el telar de las relaciones internacionales. ¿Iniciar sin más consultas un ataque, como el comienzo de una guerra preventiva o pasarlo por el Consejo de Seguridad de la ONU para recabar el mayor consenso posible? De cuando en cuando el presidente Bush y sus colaboradores cercanos, Cheney, Rumsfeld, Condoleezza Rice afirman contundentemente que la única solución es un ataque preventivo, inmediato y contundente. Hablaron de «cruzada» contra el terrorismo, y que «había que limpiar el mundo de todo mal». Este propósito incluía esquivar la presentación de esta decisión por el Consejo de Seguridad. Y si al final acudían a la ONU se quedaban siempre con el comodín de no hacer caso, si la decisión de la ONU no iba en la línea querida por EEUU. En su «discurso sobre el estado de la Union», Bush mencionaba Irán, Iraq y Corea del Norte como piezas importantes del «eje del mal». Y afirmaba que Iraq estaba en buenas relaciones (y hasta prestando apoyo bajo la mesa) con Al Qaeda. Poco después se bipolarizaban las amenazas sobre Iraq y Al Qaeda.

La Carta de S. Francisco (1945) establece que los miembros de la Organización arreglarán pacíficamente sus diferencias y resolverán así sus dificultades. Con ello no se destierra el derecho a la legítima defensa, pero el Consejo de

Seguridad debe tomar sus medidas para mantener la paz y el orden internacional.

Varios episcopados se han pronunciado señalando que la guerra no puede ser considerada un medio más para resolver las diferencias. Recuerdan no sólo la Carta de la ONU sino la tradición católica sobre guerra y paz. El fin (aquí un objetivo deseable para el bien común) no se puede buscar, de entrada, la guerra y para poder acudir a ella tienen que darse determinadas condiciones. Las recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica y no parecen darse en este caso.

Es claro que al ser víctima y objetivo de ataques terroristas, EEUU no puede cruzarse de brazos. Tiene que defenderse. Pero una cosa es defenderse y otra comenzar atacando para no ser atacado. Según la filosofía expeditiva de que «el que da primero da dos veces».

La eficacia debe buscarse con tenacidad, pero no de cualquier manera o con cualquier medio. Afrontar los conflictos por las bravas no suele solucionarlos, sino abrirlos y enquistarlos en un nudo de dificultades que los enconan y perpetúan. Todos tenemos rincones oscuros en nuestro corazón personal y hay enormes agujeros negros en las conciencias colectivas. Que las decisiones para buscar solución no se maquinen en esos nidos de revancha: a ver quién puede más. ■